

«... sea ahora mi vida una vida fantasmal. Soñar un hombre es tarea ardua, pero no más ardua que construir una catedral o iniciar una guerra. No me está vedado decir la verdad; la diré, aunque no abrigo esperanzas de ser creído. Quienes me tachen de loco deben contemplarse en un espejo. La locura está ahí, en el espejo que duplica y atormenta nuestro rostro, no en agregar a la realidad un objeto de maravilla. Siempre tuve la certidumbre de que mi vida no alteraba el universo; fiel a esa primitiva convicción, he dedicado todas mis fuerzas a no perturbar ese designio. Pero he soñado un hombre, lo he creado y arrojado a la realidad. Desde hace años posee vida propia; es una criatura de carne y hueso, a quien le gustan los relojes de arena, los mapas, la tipografía del siglo XVIII, el sabor del café y la prosa de Stevenson. Un hombre que, igual que el presunto lector de estas líneas, sufre la contradicción del tiempo que pasa y de la identidad que perdura. Yo, en cambio, soy su negación y mi sustancia no es el tiempo sino la irrealidad.»

*Estoy obligado a seducir al lector; mis días declinan. Soy viejo y vagamente presiento que la penumbra anónima en la que vivo no será iluminada por mi palabra. Ser escuchado requiere la rémora del prestigio, que nuestro nombre suene cóncavamente en la memoria ajena. Yo (no sin vergüenza advierto que el pronombre es atroz) soy nadie, y mi esfuerzo por hacerme oír será un tanteo en las tinieblas. ¿Debo aducir en mi favor la piedad? No, pero nada me complacería tanto como un poco de silencio.*

*Imaginar, crearme otro hombre, ha sido siempre para mí, desde la ya improbable adolescencia, el único modo de sentir el mundo. Nada cálido, nada deseable le ha sido concedido a mi cuerpo. Este compañero, que sólo yo comparto, que nadie ha conducido al éxtasis, será, sin duda, mi ceniza; será el vestigio último de mi paso por la tierra. A él debo todo: la memoria y las infecciones, la pereza y la cólera, el pudor ceremonioso y los pulsos de la sangre, la luz (si alguna hay) de mis pupilas, las manos que ansían los cabellos, esta boca que estremece la fruta. A él debo la afición mimética, que me hace olvidarme para ser otro. Créame el lector: he frecuentado más la vida ajena que la propia. No podría afirmar, como Cornelio Agrippa, soy dios, soy héroe, soy filósofo, soy demonio y soy mundo; en cambio, podría decir, con menos presunción, he sido el carretero que silba al atardecer, he sido el mendigo hurgando las basuras, he sido la mujer vanamente tímida, he sido el conserje, he sido su noche poblada de caderas, he sido el invisible enemigo, he sido el niño temblando ante la pizarra, he sido el maestro, he sido una mano trazando caligrafía inglesa, he sido el transeúnte que pasa y me perturba porque ya he sido el transeúnte que pasa y soy otro que pasa y me reconozco y recuerdo que he sido el transeúnte que pasa. He sido, pero nada soy, o soy el hombre de mi sueño. No pronunciaré su nombre, no lo escribiré. Vive y vivirá, mientras yo agonizo en la sombra. La batalla aplasta al guerrero y la ascética doblega al monje; a mí me disipa y desencarna el hombre que he creado.*

*Como hablar, escribir es incurrir en tautología. Ya todo está dicho o está a punto de ser dicho: se puebla el mundo si levantamos los párpados. Yo abrí los ojos, un día, y del fondo de mi sueño un hombre pugnaba por brotar. Otro día le vi, perdido entre los infatigables espejos de mi sueño. He vivido siempre solo, en un ático de paredes desconchadas, rodeado de mascarones, de espadas visigóticas, de imperfectos grabados donde cunde el tenebrismo: jamás ninguna de estas reliquias modificó su naturaleza estática. Sin embargo, cada día, al despertar, algo de los sueños, un residuo, un desprendimiento de su fluencia, permanecía vivo y minuciosamente crecía dentro de mí, a golpes blandos, después con indecisa impaciencia, luego con voluntad de atropello. Creía verlo, a veces, ajeno a mí, exento de mi cuerpo, en el espesor de una sombra. A veces, la luz de la mañana difuminaba esa sombra; antes del aire transparente, reconocía la figura de un hombre.*

*A veces, esa figura, todavía deforme, quería cerrarme los ojos. Soñar no tenía mérito para mí; despertar, en cambio, era la pesadilla. Me sentía amenazado. De pronto supe que un hombre me buscaba y que ese hombre no aborrecía pertenecer al universo. Ese hombre no era yo, pero había brotado de mí y de algún modo yo era su protector o su dueño. Cerré todas las ventanas, porque ya no soportaba la presencia de la luz, y me obligué a la tarea de no despertar hasta arrojar de mi cuerpo cada una de las partículas de que estaba compuesto el hombre. Dormí, dormí tan profundamente que no recuerdo la alternancia del día y la noche, ni si hubo horas o fue todo un transcurrir hacia la nada, pero sí que grité, porque la impenetrable oscuridad me pareció total y porque sentí el horror de quedarme ciego.*

*Desperté y lentamente fui adivinando, al fondo, una figura sentada. Esa figura, ese hombre, aguardaba lo que sólo los dioses conceden: el soplo de la vida.*

*Arriesgo ahora la parte de mi relato, que será patética para unos y para otros intolerable. No hay método alguno para explicar el milagro. Las palabras no son insuficientes, son perecederas. El milagro nos repugna o nos aturde. Devota, secretamente, deseamos ser excluidos de un designio divino. Resignados a lo deleznable de la naturaleza humana, dejamos que el tiempo divague en nosotros, como el rumor del agua. Ante la encarnación de nuestros sueños, ante el deseo cumplido, nos queda la revancha de lo maravilloso, no la servidumbre de lo real. Frente a ese hombre, acaso emanación de mi delirio, yo sólo podía aguardar su suceso, el único suceso: la certidumbre de que ningún esfuerzo es inútil. Suspenso de esa fe estaba cuando el hombre se movió.*

*No aspiro (ese es mi delito) a ser absuelto ni amado; tolero únicamente la comprensión. ¿Pero qué decir ahora que no difunda la burla? Dígase lo que se diga, el hombre, ciertamente, se movía. Inconsecuentes, sus movimientos aún no se recobraban del largo abotargamiento. Como surgido de un lecho de fango, además de la impericia de brazos y piernas, su cuerpo albergaba un pacífico desorden; ese desorden lo antecedía, era su materia todavía maleable y excluía la hostilidad o la negaba. Con él ahí, invadiendo el espacio de mi vida, comprendí que sentir horror es equívoco: nosotros somos el horror.*

*Su presencia, desgraciadamente, era real; yo, desgraciadamente, había hecho de un fantasma un ser tangible. Lo miré, lo contemplé (en mis ojos estaría el asombro) con estupor y acaso, también, con ternura. Ante la realidad del sueño, el soñador es una hipótesis o una inconveniencia. Frente a ese hombre sentí que si yo era algo, era sólo pretexto; sentí que mis hábitos, mis manías, mi irritabilidad, le pertenecían. Yo sería ya, hasta el fin, menos que una sombra: sería la costumbre de soñarlo. Sin transición, sin agobio, como en una iluminación, supe (o comprendí) que su realidad me suplantaba; supe (o comprendí) que mi destino era la humildad o el silencio. Nada me costó resignarme; nada me costó adiestrar a mi huésped a la familiaridad de su cuerpo. Al cabo de una semana, ya se manejaba a sí mismo con fluidez; ya respondía, con torpeza, a las solicitudes fisiológicas. No quise, no me atreví, a oír su voz.*

*Dejo a un lado las fatigas, los desfallecimientos, la íntima discordia. Mi vida ha sido siempre (ya lo he dicho) una vida vicaria. Ahora le tocaba a otro vivir mi vida. Abundar en pormenores fomentaría la trivialidad y atenuaría la certidumbre. Básteme decir que llegó el día en que ya no lo sentí menesteroso o impaciente. Ese día lo sentí evidente, escueto. Ya anochecido, descendió las escaleras. Nadie, estoy seguro, oyó sus pasos. Nos despedimos sin énfasis: ninguno ignoraba que el otro fingía. Desde entonces (lo confieso) mi soledad es menos rudimentaria: además de hastío, hay en ella soberbia. Debo, no obstante, consignar sus señas de identidad.*

*Me permití la extravagancia de situar su nacimiento en Buenos Aires, y le di una juventud europea: París, Ginebra (aquí se iniciaría en el idioma alemán), Verona, Mallorca; le doté de un padre que, progresivamente cercado por la ceguera, renuncia a escribir; le di, también, ascendencia militar y el fragor de unos nombres de batallas, para que el acero de las lanzas y de los sables y las muertes heroicas operaran en él el gusto por la mitología; a pesar de los honores y del prestigio literario, que soporta con asombro y modestia, no le he hecho feliz: el sueño prolonga la condición del durmiente y yo soy un hombre triste.*

*Estos rasgos bastan para reconocerlo. Ha logrado ciertas páginas válidas y urdido una literatura de laberintos, tigres y espejos, y esa literatura lo justifica. No infrecuentemente duda si esas páginas las ha escrito él o el otro. La certidumbre de que era yo quien manejaba su pluma, la he perdido. Ya no estoy seguro de nada, que es como decir que todo es irreal: el olor de los eucaliptos, la cercanía del mar, el peso de mi cuerpo. A él lo he perdido también, pero a veces lo encuentro. Nuestro vínculo está hecho de indicios, de rastros, de vanas o insolentes pistas que él traza o abandona para que otros puedan adivinar la trama secreta. Así, cuando él escribe: «Soy el primer asombrado de mi renombre, documentado por un cúmulo de monografías y polémicas. Siempre temí que me declararan un impostor o un chapucero o una singular mezcla de ambos», sé que está hablando de mí. Previamente yo he escrito esas líneas y se las he impuesto para que no me olvide, para que no olvide que estoy soñándolo.*

*En su obra, no demasiado vasta, alimentada de destrezas y variaciones, ha adjudicado a la identidad y al sueño un inesperado temblor. ¿Será piadoso añadir que sólo quien se sabe soñado puede infligir ese estremecimiento? En algún libro leí (acaso el libro era el universo) que aquello que soñamos, la materia de ese sueño, anula, en la eternidad de un instante, nuestra contingencia, y que ese instante nos hace, no poderosos, sino más reales. Si esas palabras no son ilícitas, tal vez yo sea real.*

*He llegado al fin. Soy, o pretendo ser, un hombre de espíritu, no de estruendo; como a todos los hombres, me han sido concedidos malos tiempos para vivir. Cae ahora una lluvia densa, minuciosa, que entenebrece el cuarto donde escribo y borra, después del resplandor de un relámpago, las huellas de mi mano.*

FRANCISCO SOLANO  
Hortaleza 9, 4.º dcha.  
28004 MADRID